



Historia Insólita  
increíble pero cierta

# Casualidades coincidencias y serendipias de la historia



El azar, la suerte y lo fortuito. Las casualidades más insólitas; las coincidencias más increíbles; los inventos y descubrimientos más azarosos.

*Gregorio Doval*

Sorpréndase con las casualidades que abundan en la historia, los descubrimientos realizados por azar, todas las chiripas, las carambolas en las que ha intervenido la suerte, las coincidencias más inverosímiles que han provocado consecuencias inesperadas...

Conozca el descubrimiento azaroso de la sacarina y las predicciones relacionadas con el hundimiento del Titanic. Sorpréndase con las obras literarias que anticiparon desastres, naufragios y hasta casos de canibalismo.

El autor nos adentra en las casualidades, coincidencias y *serendipias* que han conformado nuestra historia.

A Ana, porque desde que la descubrí por casualidad, mi vida se ha llenado de coincidencias. Gracias.

## Prólogo

La colección HISTORIA INSÓLITA presenta una multitud de sucesos increíbles, pero ciertos; o creídos, pero falsos; incluso, legendarios, pero curiosos... Una multitud de sucesos gratamente curiosos, sorprendentes y ejemplares que la historia oficial y ortodoxa generalmente suele dejar de lado y que ponen en cuarentena lo que creíamos saber pero de una forma divertida, por cuanto insólita; amena, por cuanto informativa, e instructiva, por cuanto rigurosa.

Según se vayan desgranando los distintos volúmenes, la colección se irá poblando de todo tipo de seres excéntricos y extravagantes, simpáticos u odiosos, perversos o lascivos, despistados o meticulosos, de los que conoceremos su vida y, en muchos casos, su extraña o chocante muerte. En HISTORIA INSÓLITA se irán dando a conocer casos y cosas fuera de lo común, en forma de casualidades y coincidencias, errores y gazapos, timos y fraudes, enigmas y quimeras, locuras y extravagancias, falsedades y mentiras, depravaciones y lujurias... Podrá decirse, tal vez con razón, que en este poliédrico y multifacético rosario de hechos se ensartan pocas perlas y mucha bisutería. Es cierto. Es conscientemente bisutería histórica porque sólo pretende adornar la riqueza cultural de sus posibles lectores; no, desde luego, amueblarla ni ennoblecerla. Pero no por ello se ha de entender como un mero museo de monstruos ni como un muestrario de excepciones. En realidad, sólo presenta ejemplos históricos extremos de comportamientos y sucesos muy comunes y habituales.

Se narrarán sucintamente las increíbles biografías de personajes tan extraordinarios como Lady Godiva, la Monja Alférez, Sissí, Lawrence de Arabia, Billy el Niño, Iván el Terrible, los Borgia o el marqués de Sade; se detallarán inusitadas historias como la conquista del imperio de los incas,

la infame subasta del trono imperial de Roma, las supuestas excentricidades de Nerón y las singulares peripecias eróticas de Cleopatra, Mesalina, Mata-Hari, Eloísa y Abelardo y otros muchos. En sus páginas también se detallarán cuestiones tan dispares como el casual descubrimiento de la cueva de Altamira, el imperecedero mito de El Dorado, las estrambóticas profecías sobre el fin del mundo, la hipotética fecha y hora de la Creación o la repetida venta de la Estatua de la Libertad. Se contará cómo perdió los brazos la Venus de Milo y cómo nacieron los premios Oscar. Se hablará del acorazado que se hundió alcanzado por uno de sus propios torpedos o el caza que se autoderribó. Se esclarecerán las indescifrables predicciones del Oráculo de Delfos, los misterios de la Isla de Pascua, la Maldición de los Faraones, el porqué se inclinó la Torre de Pisa, quién dio el erróneo nombre de América al Nuevo Mundo, cuándo comenzó la plaga de conejos en Australia o cómo fue posible que un guardabosques sobreviviera a siete rayos. Asimismo, sabremos cómo se inventaron la guillotina, las patatas *chips*, el perrito caliente, el WC y el papel higiénico, el crucigrama, el sello de correos, el biquini o el condón; o qué origen tienen palabras como «boicot», «silueta», «sándwich», «linchamiento» o «restaurante»; o bien quiénes fueron los primeros siameses, el primer fumador europeo y la primera vampiresa del cine; o en qué personas reales se basan los personajes ficticios de Tarzán, Robinson Crusoe, Drácula, el Tío Sam, la Dama de las Camelias, Sherlock Holmes o Santa Claus; o cuál fue la primera huelga de la historia, si Shakespeare escribió realmente sus obras o cuándo se utilizó por primera vez la clave SOS. Se podrá saber que más de una vez ha llovido ranas o sangre; que el zar Pedro I gravó con un impuesto a los barbudos, o que alguien cree que en la Biblia se habla del SIDA. Se podrán conocer las extraordinarias historias del bailarín sin piernas, los ansiosos comedores de caucho o de bicicletas, las mujeres barbudas, el jugador de béisbol manco o aquellos

mellizos que nacieron con cuarenta días de diferencia. Incluso será posible enterarse de que Cervantes y Shakespeare murieron en la misma fecha, aunque no en el mismo día; que no son pocos los personajes de quienes se cree que han muerto literalmente de risa; que Isaac Newton era tremendamente despistado; que Aristóteles mantuvo teorías absurdas, o que, por ejemplo, se conservan numerosas reliquias de Napoleón, incluido su pene que, por cierto, es una birria al lado del de Rasputín...

En esta colección de obras desinhibidas y amenas, pero rigurosas y didácticas, sí importarán las nimiedades, entendidas como argumentos con que demostrar que el ser humano, cuanto más solemne es, más ridículo resulta; cuanto más angustiado está, tanta más astucia desarrolla, y cuanto más relajado e íntimo, más grotesco. Se demostrará que no es raro encontrar, tras cada hecho histórico, una verdad que sonrío y, tras cada gran personaje, una sombra bufa o un demonio doméstico. Y se llegará a la conclusión de que nada parece lo que es ni nada es lo que parece, y de que nada resulta más común que lo sorprendente.

En definitiva, la colección HISTORIA INSÓLITA reflejará la pequeña historia vista desde las bambalinas, mostrando a las claras todas sus miserias, falsedades, misterios, bajezas, extravagancias, casualidades y sorpresas.

Todo ello podrá encontrar el lector curioso que se adentre en estas páginas o en las de sus volúmenes hermanos. En este, dedicado especialmente a las CASUALIDADES, COINCIDENCIAS Y SERENDIPIAS<sup>[\*]</sup> DE LA HISTORIA, he reunido una variopinta colección de hechos y sucesos de todo tipo, todas las épocas, todos los escenarios geográficos y todos los contextos, pero siempre con el denominador común de estar causados, determinados o condicionados por un factor casual y azaroso y, por tanto, imprevisible, incontrolable y, casi siempre, involuntario, que los hace irrepetibles, originales, y siempre asombrosamente divertidos, e incluso aleccionadores y ejemplares...

Hechos, acciones y sucesos relacionados siempre, como digo, con el azar y lo fortuito, con el factor suerte, eso tan intangible e indefinible que alguien calificó de «la sonrisa de lo desconocido». Eso incluye las casualidades más insólitas y las chiripas más inconcebibles; las coincidencias más improbables; los descubrimientos e inventos más inesperados (es decir, las *serendipias*); las carambolas y otras concatenaciones de hechos más imposibles; los golpes de fortuna y los «golpes de la fortuna»; las rachas de buena y de mala suerte... Por sus páginas desfilan, en divertido carrusel, todo tipo de personajes con mucha suerte, buena o mala. Personas, famosas o no, que protagonizaron o fueron víctimas, en cualquier parte del mundo y en cualquier momento de la historia, de algún hecho casual concreto, o bien de toda una peripecia vital, para la que no hay otra explicación aparente que el factor suerte. Gente afectada, para bien o para mal, por alguna carambola que les cambió o les truncó la vida, que tuvieron que someterse a sus paradojas e ironías, y doblegarse ante los caprichos del azar. Personas que aprendieron en primera persona que, como dijera Federico II el Grande de Prusia, «Su Majestad el Azar hace tres cuartos de la tarea». Personajes gafes o gafados que, en palabras del humorista argentino Pepe Biondi, «tienen suerte para la desgracia». Infortunios, maldiciones y malos augurios que, además de entrañar un reto y un riesgo, supusieron una oportunidad en el sentido que ya señalara Napoleón Bonaparte de que «el infortunio es la comadróna del genio». Gente, en definitiva, cuya experiencia nos demuestra que, por más que uno tenga todo previsto y controlado, siempre puede sobrevenir lo más inesperado, sea lo más afortunado, sea lo más inoportuno, y que la vida es puro azar y, por tanto, más vale que sepamos afrontar con humor todo lo venidero.

*Gregorio Doval*

## Historia Insólita

*increíble pero cierto*



Buena parte de la obra del filósofo griego Aristóteles (384-322 a. C.) nos es hoy conocida gracias a una feliz casualidad. Hacia el año 80 a. C., legionarios romanos que invadían el Asia Menor encontraron unos manuscritos griegos en un pozo y los llevaron a su general, Sila. Este, un hombre letrado, enseguida sospechó que podían ser importantes e hizo que fueran enviados inmediatamente a Roma, donde los eruditos comprobaron que eran copias de obras originales de Aristóteles de las que, hasta entonces, sólo había referencias indirectas. Una vez copiadas de urgencia por temor a que los manuscritos se deshicieran, fue otro filósofo griego, Andrónico de Rodas, quien se encargó de ordenarlas y editarlas. A él, además, se debe el nombre con que fueron conocidas desde entonces estas obras: *Metafísica*, es decir, 'lo que va después de la Física'.

El astrónomo Nicolás Copérnico (1473-1543) fue canónico de la catedral de Frauenburgo, sin ser sacerdote, pero también gobernador militar, juez, recaudador de impuestos, vicario general y médico. En el campo científico, su gran contribución consistió en remover los cimientos de la astronomía occidental con la publicación de su célebre libro *De revolutionibus orbium coelestium* (Sobre el movimiento de las esferas celestes), de cuyo éxito en forma de conmoción en los ambientes científicos de toda Europa no pudo ser testigo, pues murió, según cuentan las crónicas, el mismo día, 24 de mayo de 1543, en que se publicaron los primeros ejemplares de su obra. En ella, Copérnico formulaba su teoría del sistema heliocéntrico, confirmada con posterioridad gracias a las observaciones de Galileo y corroborada por los cálculos de Kepler, y que, fiel a su título, revolucionaría los cimientos de la astronomía clásica.

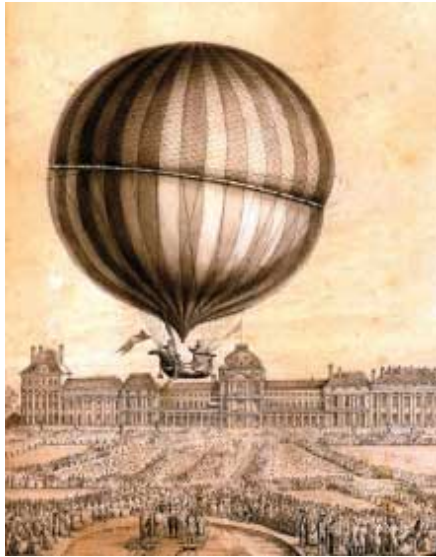
El científico italiano Galileo Galilei (1564-1642) anunciaría una serie de descubrimientos valiéndose de crípticos anagramas para evitar que cayeran en manos erradas. Este sería el principio de una serie de casualidades que llevarían a que su coetáneo Johannes Kepler (1571-1630), al tratar inútilmente de resolverlos, llegara curiosamente a conclusiones erradas muy acertadas. De manera extremadamente curiosa y casual, a pesar de haber errado por completo en la interpretación del contenido real de los anagramas y de haber decodificado algo por completo diferente a lo que había escrito Galileo, Kepler *descubriría* en el proceso, por ejemplo, las dos lunas de Marte y la mancha de Júpiter.

En la primera de las cartas cifradas de Galileo que trató de decodificar Kepler, enviada por aquel al embajador toscano en Praga en agosto de 1610, tenía por contenido un texto tan corto como extraño: «SMAISMIRMILMEPOETALE UMIBUNENUGTTAUIRAS». Su destinatario, al leer el mensaje, quedó perplejo y decidió enviársela a Kepler, que tenía fama mundial como decodificador genial. Nada más recibir el mensaje, Kepler descubrió en él una secuencia en latín, que definió como de «pobre gramática» y de «bárbaro verso latino», que decía: «*Salve umbistineum geminatum Martia proles*» ('Salve, ardientes gemelos hijos de Marte'). Al instante, sobre todo porque coincidía con su visión geométrica del universo, Kepler creyó que Galileo había descubierto dos satélites marcianos. Desde luego esa no era la traducción del mensaje, pero, por una gran casualidad de la historia de la ciencia, la interpretación libre de Kepler no era errónea... y siglos después se descubrirían los satélites marcianos, Deimos y Fobos. Viendo que el mensaje ver-

dadero seguía sin ser interpretado correctamente, unos meses después Galileo decidió revelar el contenido al emperador Rodolfo, y era: «*Altissimum planetam tergeminum observavi*» ('He observado el planeta más alto en triple forma'), queriendo con ello anunciar el descubrimiento de los anillos de Júpiter. Pasados unos meses, Galileo envió otro anagrama, esta vez a Giuliano de Médicis, con el texto: «*Haec immatura a me jam frustra leguntur*». Kepler, decidido a resolverlo, aunque sólo fuera por una cuestión de honor, tras un concienzudo análisis, creyó descubrir el siguiente mensaje: «*Macula rufa in Jove est gyatur mathem*» ('En Júpiter hay una mancha roja que gira matemáticamente'). De nuevo Kepler volvía a estar equivocado en su interpretación; sin embargo, dos siglos después se descubriría que, de hecho, Júpiter posee una gran mancha roja giratoria. Al quedar sin resolver su nuevo mensaje, Galileo optó por dejarse de anagramas y revelar su contenido real, que era: «*Cynthiae figuras aemulatur mater amorum*» ('La madre del amor emula la forma de Cynthia'), con lo que quería anunciar que había observado que Venus presentaba fases como la Luna, lo que confirmaba que el planeta gira alrededor del Sol.

Pero no todo eran errores en Kepler. Se cuenta, por ejemplo, que para la organización del convite de bodas de su segundo matrimonio, fue a visitar a un vendedor de vino y le encargó dos toneles. Para su sorpresa, el bodeguero calculó el contenido de ambos, cada uno de una forma y un volumen distintos, mediante la introducción de una varilla reglada. Convencido de que ese sistema no era nada científico, Kepler realizó un pequeño estudio sobre volumetría de sólidos, reformulando el llamado método

exhaustivo, usado por Arquímedes antes que él y que Arquímedes Eudoxio.



El científico e inventor francés Jacques Charles (1746-1823) fue el primero en realizar un viaje en globo aerostático el 27 de agosto de 1783, momento que refleja el grabado adjunto. Al parecer aquella ocasión se produjo de un modo involuntario, cuando su ayudante soltó el globo cautivo por accidente. El 1 de diciembre de ese año, junto con Aimé Robert, Charles se elevó por fin de forma intencionada hasta una altura de 1000 m.

Según un antiguo relato, seguramente apócrifo, pero bello, Leonardo da Vinci (1452-1519) tardó siete años en finalizar su obra *La última cena*. Las figuras que representan a los doce apóstoles y a Jesús fueron tomadas de personas reales. Se dice que cuando se supo que pintaría la obra, muchos jóvenes se presentaron para ser seleccionados. Tras pensárselo mucho, Leonardo seleccionó como modelo a un muchacho de diecinueve años para la figura de Jesús. Durante seis meses trabajó pintando al personaje principal. Los seis años siguientes continuó su obra buscando y represen-

tando a once apóstoles; dejando para el final a Judas. Le costó semanas encontrar a un hombre con una expresión dura y fría como convenía a aquel último personaje; el rostro de una persona capaz de traicionar a su mejor amigo. Llegó a sus oídos que un hombre encerrado en un calabozo de Roma y sentenciado a muerte por robo y asesinato reunía estas características. Gracias a un permiso especial, el prisionero fue trasladado a Milán. Durante meses, este hombre se sentó silenciosamente frente al artista. Cuando Leonardo dio el último trazo a su obra, se volvió a los guardias del prisionero y les ordenó que se lo llevaran. Pero cuando salían del recinto, el reo se soltó y corrió hacia Leonardo gritando: «¡Obsérvame! ¿No reconoces quién soy?». Leonardo lo miró cuidadosamente y respondió: «Nunca te había visto en mi vida hasta aquella tarde en el calabozo de Roma». Llorando y pidiendo perdón a Dios, el reo le dijo: «Maestro, yo soy aquel joven que usted escogió para representar a Jesús en este mismo cuadro».

El carpintero que construyó los primeros cepos chinos en Boston en 1634, un hombre llamado Palmer, fue el primero en ocuparlos. Cuando presentó una factura por su trabajo de una libra y trece chelines, los más ancianos de la ciudad pensaron que ese precio era excesivo y le acusaron de explotador. Se le encontró culpable, se le multó con una libra y se le sentenció a pasar media hora en uno de los cepos que acababa de construir. Le salió caro intentar hacer negocio.

Si Napoleón Bonaparte (1769-1821) hubiese nacido un año antes hubiese sido italiano y, sin duda, su historia (y, con ella, la del mundo) hubiera sido muy distinta. La isla de Córcega se convirtió en territorio francés (nominalmente en territorio propie-

dad del rey de Francia) por el Tratado de Versalles del 15 de mayo de 1768, y Napoleón nació el 15 de agosto de 1769, es decir, cuando la isla sólo llevaba quince meses siendo francesa. De hecho, para disimular ese origen tan poco francés, Napoleón cambió su apellido familiar original de Buonaparte por el más *patriótico* de Bonaparte.

En 1784, una gran tormenta sorprendió en pleno océano Pacífico a un barco japonés de buscadores de tesoros. Tras luchar durante gran parte de la noche contra la furia de la naturaleza, la embarcación terminó yéndose a pique llevándose consigo a varios tripulantes. No obstante, en un golpe de fortuna (tanto mala como buena), cuarenta y cuatro marineros lograron nadar hasta un islote de coral, donde se pusieron a salvo. Allí soportaron durante algunos días el inmisericorde sol sobre sus espaldas sin agua dulce que llevarse a la boca y con la amenaza de morir de sed pendiendo sobre ellos. Muchos, enloquecidos por beber agua salada por desesperación, se lanzaron al mar sólo para morir en medio del océano; otros decidieron permanecer en el islote en espera de algún milagro que les salvase. Ese fue el caso del propio capitán del buque hundido, Chunosuke Matsuyama, quien, desesperanzado, grabó con sus últimas fuerzas los datos de la travesía y el sufrimiento de la tripulación en trozos de madera de los cocoteros del islote, los introdujo en una botella y arrojó esta a las aguas con la esperanza de que algún día el mensaje llegase a su familia. Desafortunadamente, la botella permaneció durante generaciones flotando en el océano. Sin embargo, un día de 1935, ciento cincuenta y un años más tarde de que Chunosuke la arrojara al océano, un recolector de algas japonés recogió la botella y la llevó a la aldea de Hiraturemura, increíblemente el mismo poblado donde Chunosuke había nacido.



Durante la Segunda Guerra Mundial, el secreto absoluto que rodeó el plan de los aliados de invadir Europa mediante un desembarco masivo en las playas de Normandía, conocido como «Operación Overlord», no fue tan absoluto: treinta y tres días antes de la operación, muchas de las palabras clave de su código aparecieron entre las respuestas al crucigrama del *Daily Telegraph* de Londres. Y sólo cuatro días antes, la propia palabra «Overlord» apareció también en otro crucigrama. Creyendo que un espía nazi estaba haciendo público el código, los agentes del MI5 asaltaron las oficinas del diario. El sorprendido *culpable* era un humilde maestro de escuela, llamado Leonard Dawes, de cincuenta y cuatro años, 20 de los cuales llevaba confeccionando el crucigrama del periódico. Con alguna dificultad logró convencer a todos de que aquello no era más que una desafortunada coincidencia.

En plena Guerra de la Independencia de los Estados Unidos, el virginiano George Washington (1732-1799) envió a sus oficiales a requisar los caballos de los terratenientes locales de la zona en que estaba acantonado su ejército. Con ese objetivo, llegaron a una vieja mansión y cuando salió su anciana dueña le dijeron: «Señora, venimos a pedirle sus caballos en nombre del gobierno». Ella respondió: «¿Con qué autoridad?». «Con la del general George Washington, comandante en jefe del Ejército americano», alegaron. La anciana sonrió y zanjó el tema: «Váyanse y díganle al general Washin-